

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IV

Mahón 5 de Febrero de 1931

Núm. 408

EL SANTO DEL ABUELO

Por fin ha llegado el día tan deseado por la chiquillería que continuamente rodea al Abuelito, que departe con ellos como si fuesen personas mayores, aunque Dominguito, que es el más crecido, suele ser el preferido.

No porque su cariño hacia él sea mayor, sino porque como más adelantado en todo, es el que mejor fruto puede sacar de los consejos del anciano.

Aquel día había dispuesto el abuelo que Dominguito, Elisita y Alfredito, sus nietos, comieran con él, invitando a dos hermanitos, vecinos y amigos de los nenes, llamados Filomenita y Andrésín; muy guapos los dos y muy modistos.

Comisionó el Abuelo a Elisita y Filo para que pusieran la mesa, y era cosa de ver como desde por la mañana disponían las cosas, acosando a preguntas a la cocinera.

Elisita estuvo en el jardín cortando flores y frutas para adornar la mesa y alegrar la vista.

Y siguiendo el ejemplo que veía diariamente, procuró que aquellos ramos no impidieran que los que estuvieran comiendo se vieran y hablasen sin dificultad y sin estorbos, como debe ser.

Era cosa de ver lo a tareadas que durante dos horas estuvieron Filo y Elisita, colocando los quesos duros sobre una servilletita bien planchada, en platos de la vajilla.

Los dulces en almíbar y compotas en dulceras y compoteras con tapa.

Las pastas, galletas y pasteles, en platos de porcelana.

Las frutas secas, higos, pasas, almendras, etc., en platos de cristal.

Como eran seis los comensales, distribuyeron convenientemente los sitios, colocando un plato en cada uno, y debajo de él dos mondadientes en cruz, para en caso necesario, pues no ignoran que su empleo ha de ser como a escondidas, porque un palillero en una mesa casera es una patente de cursilería y ordinario. Quede eso para las fondas.

Sobre cada uno de los platos que indicaban el sitio del cubierto, iban poniendo una servilleta planchada en cuatro dobles, con un panecillo encima y frente al plato dos copas de cristal para el agua y el vino común.

Y hacían todo ello con una gravedad de personas mayores, que daba gozo, poniendo a la derecha de cada cubierto tres tenedores y tres cuchillos, alineados como soldaditos, y a la izquierda, una cuchara.

En la mesa, y entre cada dos cubiertos, una jarra de cristal para el agua, y en cada uno de los dos extremos una jarra anfora para el vino, y así todo lo demás.

Las aceitunas y los rábanos, en sus fuentejitas de cristal, lo mismo que las tajadas de salchichón y la mantequilla.

¡Qué orgullosas estaban las dos niñas una vez que tuvieron puesta la mesa, mientras que Dominguito, Andrésín

y Alfredito contemplaban los monos de un portfolio antiguo que les entregó el Abuelo.

—¿Qué está eso ya, niñas?... ¡porque se va haciendo tarde!

—¡Los señores están servidos!—dijo Elisita asomándose a la galería, remendando el tonillo de la cocinera cuando avisaba a sus papás para sentarse a la mesa.

—Pues vamos allá, y a ver, tú que eres la mayorcita como colocas a los convidados.

—Abuelo, en las mesas de cumplido se colocan los caballeros a la derecha de las señoras para atenderlas y servirles si lo necesitan—dijo Elisita.

—¡Muy bien!... pero como falta una señorita a quien sirva yo, pon a mi lado a Alfredito, que es el más pequeño.

—¡Soy un señor, Abuelo!...

—Sí; pero eres un señor chiquitín, y como los extremos se tocan...

—Soy un señor...

—Un señor demasiado pequeño, y yo un señor demasiado mayor... En fin... ¡a la mesa!

Y era cosa de ver la gravedad de los cinco comensales; ¡con qué seriedad comieron la sopa, en cuanto la sirvió la doncella!

Dominguito, echándose de furo, pinchó con su tenedor una aceituna para ofrecérsela a Filo, pero en vez de ensartarla, la oliva fué a dar de lleno en las narices de Andrésín.

—¿Qué es eso?—gritó el Abuelo.—¿Cuando has visto tú que las aceitunas se comen así?... ¡No, hijo, no! Las aceitunas se cogen una a una y con los dedos, lo mismo que los rábanos y las rajadas de salchichón...

—Yo creía...

—Tú crearás lo que quieras, pero debes hacer lo que yo te digo: se cogen con los dedos... para eso te has lavado las manos antes de sentarte a la mesa.

Pausa de silencio, hasta que sirvieron el pescado.

Hizo platos la doncella, y después de que hubo servido a todos, fijóse el Abuelo en la cara de contrariedad que ponía Filo.

—¿Qué te pasa, nena?

Y Andrésín, su hermanito, exclamó: —Se ha enfurruñado porque ve que a mí me han puesto dos lenguaditos y a ella sólo uno.

—Eso no se hace, hija mía, porque eso demuestra que eres envidiosa, y yo a los niños envidiosos no les quiero.

Iba Filo a romper a llorar, cuando el Abuelito, fijándose en que Dominguito para partir y comer el pescado se servía del cuchillo, exclamó:

—¡Muchacho!... ¿Sabes lo que haces?... ¿Acaso ignoras que el pescado no debe tocarse nunca con el cuchillo? En cualquier mesa algo delicada en que hicieras eso, creerían que venías de escardar cebollinos.

—Bueno, Abuelito, no me regañes; no lo haré más.

—Con el cuchillo no se come nada absolutamente. No lo olvides.

que comía, dejaba en él mucha carne, dijo el Abuelo:

—Aun en las mesas de mayor cumplido, niños, se permite apurar un hueso, cogiéndolo con la mano. El caso es hacerlo con pulcritud.

Descorchóse el champaña, tomó cada niño su pequeña porción, y como viese el Abuelo que al servir el café, Filo buscaba las tenacillas para coger los terrones de azúcar:

—¡Con los dedos niña! Se toma con los dedos, y sólo un terrón de cada vez. Lo de la tenacilla ha pasado de moda en las mesas de familia, aun en las más aristocráticas.

Y llegaron los postres, y se recitaron versos, se contaron cuentos infantiles, y terminó la comida entre una chispeante greguería infantil que remozó en medio siglo lo menos a

EL ABUELO

Los niños y las niñeras

Fernandín es un niñoito muy rubito, muy bonito, de dos años... poco más, y le cuida una niñera muy vistosa, pretenciosa, muy parlara y coqueta por demás.

Lleva al niño a la Alameda y allí enreda el muchacho revoltoso, ¡tan hermoso!... recreándose en la arena, a la vez que... ¡causa pena!... se ve a Rosa, la niñera, con desenfadado porte... (cosa que salta a la vista) tontear con un maquinista del ferrocarril del Norte.

Y entretanto, Fernandito... ¡pobrecito!... en el suelo tumbadito, llena de chinias su boca, y a ella lleva cuanto toca su mano, porque no advierte que traga el virus morbosos de algún mal, tan espantoso que puede causar su muerte, pues acaso sucedió que un físico allí dejó con sus esputos, su mal, y un descuido criminal al niño lo inoculó; y los médicos, de veras afirman que muchos miles de dolencias infantiles se deben a las niñeras.

AMANDA

MACACO
EL MEJOR SEMANARIO PARA LOS NIÑOS

Veinte páginas de amena lectura, con profusión de grabados

PRECIO: 30 cént.

Véndese en la Librería de MANUEL SINTES ROTGER, Plaza del Príncipe número 17, Mahón.

CUENTO INFANTIL

EL REYEZUELO Y EL OSO

Una tarde de verano, el oso y el lobo paseaban en el bosque. Al oír un lindo gorjeo, el oso preguntó a su compañero:

—¿Qué pajarito es ese que canta tan bien?

—Es el rey de los pajaritos—contestó el lobo—. Debemos saludarlo.

Era el reyezuelo.

—En tal caso—dijo el oso—, me gustaría ver su palacio. ¿Quieres mostrármelo?

—No es cosa tan fácil como te crees—replicó el lobo—. Hay que esperar a que vuelva la reina.

En eso llegó la reina, seguida de cerca por el rey. Ambos llevaban en el pico gusanillos para sus pequeños. El oso se disponía a seguirlos; pero el lobo lo retuvo de una pata y le dijo:

—Es preciso esperar a que el rey y la reina vuelvan a retirarse.

Y los dos amigos se alejaron después de observar bien el lugar donde se hallaba el nido.

Pero el oso ardía en deseos de ver el palacio del rey de los pajaritos. Volvió pues, a los pocos instantes. El rey y la reina, acababan de irse. El atrevido visitante se asomó y vio cinco o seis pichones en un nido.

—¿Es esto el palacio de un rey?—exclamó—. Es una mísera vivienda como otra cualquiera, y ustedes no parecen hijos de reyes, sino vulgares animalitos.

Esas palabras del oso irritaron a los pequeños. —¡No, no!—exclamaron—. Nuestros padres son reyes. ¡Te arrepentirás de las injurias que nos diriges!

Asustados por la amenaza, el oso y el lobo emprendieron la fuga, y fueron a refugiarse en sus guaridas.

Cuando sus padres regresaron llevándoles alimento, los pequeños reyezuelos dijeron muy alborotados:

—No tocaremos ni una pata de mosca, ni nos moveremos de aquí, aunque tengamos que morir de hambre, hasta ser vengados de las injurias del oso.

—Tranquílense—contestó el padre—. El asunto quedará arreglado de la manera más satisfactoria.

—Voló, seguido de la reina, hasta la guarida del oso, y le dijo:

—¿Por qué has injuriado a mis hijos, viejo rezongón? Te arrepentirás, pues vamos a declararte una guerra a muerte.

Declarada así la guerra, el oso llamó en su auxilio a todos los cuadrúpedos: el buey, el asno, el ciervo, la cabra, la vaca; en fin, todos los animales de cuatro patas se pusieron de su parte. El reyezuelo convocó a todo lo que vuela, no sólo las aves grandes y pequeñas, sino también a los insectos alados: moscas, mosquitos, abejas, zánganos, etc.

Al llegar el día del combate, el reyezuelo envió espías para saber quien era el general del ejército enemigo. El mosquito, como ágil y atrevido, voló hasta el lugar donde el enemigo se había congregado. Se ocultó detrás de la hoja de un árbol, a cuya sombra deliberaban. El oso llamó al zorro y le dijo:

—Compadre, tu eres el más astuto de los animales; serás nuestro general y nos conducirás a la batalla.

—Muy bien replicó el zorro—; pero tenemos que convenir una señal.

A nadie se le ocurrió en ese momento cual podía ser esa señal.

Después de reflexionar un instante, el zorro dijo:

—Tengo, como veis, una hermosa y larga cola. Mientras la mantenga en alto, vosotros seguís avanzando. Pero la bajaré si la suerte nos es contraria, y será señal de desbandada, y cada uno tratará de salvarse como pueda.

El mosquito, que lo había oído todo, se apresuró a regresar, para dar cuenta al reyezuelo.

Al salir el sol, los cuadrúpedos se precipitaron en el campo de batalla, con tan estruendoso

